

CONTEMPLATIVOS EN LA ACCIÓN

A menudo lo de ser contemplativos en la acción ha sido considerado como un ideal. Creo que la frase, en latín, puede proceder de San Ignacio de Loyola. En la plática anterior vimos cómo, para Lallemand y su escuela, la contemplación es totalmente necesaria para que el apostado sea fructífero. ¿Cuál es la conexión entre contemplación y acción, el lazo real entre ambas? Bueno; podemos decir que la contemplación nos acerca más a Dios, que nos hace mejores instrumentos en las manos de Dios. No hay duda de que eso es cierto (y muchas más cosas que se podrían decir en esa línea) pero, a pesar de todo, con ello no se responde a la pregunta sobre cuál es el lazo que les une.

El mejor estudio sobre esa cuestión, conocido por mí y que –en mi opinión– ofrece una respuesta precisa a nuestra pregunta, se encuentra en uno de los libros de Surin, *Le Catéchisme spirituel*. Sabemos que era un libro que el P. Colin había leído y cuya lectura recomendaba. En el texto de Mayet al que me referí una vez, en el que hablaba de los autores que ejercieron cierta influencia sobre él y cuya lectura recomendaba, a veces sólo mencionaba el autor; pero en el caso de Surin daba también el nombre de su libro: *Catéchisme spirituel*. No tengo conciencia de que haya una sección completa del Catéchisme spirituel de Surin con una influencia marcada sobre Juan Claudio Colin y, por eso, en esta ocasión no voy a intentar mostrar conexión o paralelismo algunos con los textos de Colin. En cambio, sí existe una especie de influencia general, que ha hecho que se le haya pegado algo de Surin; quizás la investigación pudiera revelarnos algún paralelismo particular, pero no es eso lo que ahora nos interesa. En su lugar, y por el bien personal de ustedes, presentaré la doctrina de Surin, pues creo que es de gran valor e importancia.

Lo que haré es avanzar paso a paso a través de una amplia sección del libro de Surin. Utilizo para ello la fotocopia del libro en francés, que se encuentra en la biblioteca de la Escuela Bíblica de Jerusalén. He leído muchas veces sus capítulos para decidir, por fin, sacar de ellos algo que respondiera a este retiro. Nos detendremos concretamente en el Vol. I, parte III, cap. 3-6 del Catecismo de Surin. La aportación de esta tarde incluye traducciones, con citas o resúmenes de casi todo lo que dice Surin, a lo que añadiré algunos comentarios personales según vayamos avanzando. Ya hemos dicho que se trata de un catecismo, compuesto a base de preguntas y respuestas. Cada paso de avance se hace con una pregunta (que a veces puede ser una objeción a lo anteriormente expuesto) más la respuesta dada por Surin.

Capítulo 3: Sobre la senda sobrenatural o extraordinaria

¿Cuál es la senda sobrenatural o extraordinaria?, pregunta Surin. Y responde diciendo: “es aquel estado en el que el alma ya no obra por sí misma, sino movida por el Espíritu Santo y asistida por la ayuda especial de su gracia”.

Corresponde, pues, a lo que yo llamaba “la vida mística”; y al utilizar esa expresión evitamos emplear otras tan ambiguas como “senda o camino sobrenatural”, “camino o senda extraordinaria”, que no quiero utilizar aunque sean las que emplea Surin. En cierto sentido, en la vida cristiana todo es sobrenatural, y si utilizáramos el calificativo “extraordinario” caeríamos en toda una serie de argumentos sobre “lo ordinario y lo extraordinario”. Ya dije antes que, de acuerdo con la doctrina de Lallemand y otros muchos, la vida mística es parte de la vida cristiana ordinaria.

Responde a una etapa avanzada de la misma, y llamarla “etapa extraordinaria” no haría sino confundir. Por eso, voy a dejar esas expresiones, sin tener que discutir las, para emplear la de “vida mística”: el alma ya no obra por sí misma sino movida por el Espíritu Santo y asistida por la ayuda especial de su gracia.

En la respuesta de Surin observamos el rol del Espíritu Santo, realmente destacado en esta parte de su libro, y que está directamente relacionado con el último punto de Lallemant considerado esta mañana: la madurez total de la vida espiritual nos permite responder del todo al Espíritu, tanto en el apostolado como en la vida espiritual personal. Por contraste, lo que Surin llama vida ordinaria corresponde a lo yo llamo vida ascética. El Espíritu Santo y su gracia divina están trabajando en ella, pero normalmente no se percibe con tanta claridad como en la vida mística. Surin hace la observación siguiente: nosotros no podemos alcanzar la vida mística, no es algo que decidimos alcanzar, no hay una fórmula mágica para lograrlo, y yo no voy a sugerirles a ustedes una serie de ejercicios, o una oración, o cualquier otra cosa de ese tipo con la que puedan adquirir automáticamente ese estado de crecimiento espiritual. Claro que no; esa vida es un don de Dios. Todo lo que podemos hacer es estar disponibles, ponernos en situación, por decirlo así, de poder recibirla como regalo de Dios.

Surin dice que en el camino se avanza pasando por tres estados. No entraré en detalles; diré solamente que esos estados corresponden poco más o menos a los que San Juan de la Cruz denomina “camino iluminativo”, “noche del alma” y “matrimonio espiritual”. Si han leído a San Juan de la Cruz sabrán lo que yo quiero decir con ello.

Surin da buenos consejos a la gente que se encuentra en uno u otro de esos estados. En términos generales, son los mismos consejos que dan todos los autores místicos clásicos. Por ejemplo: Surin utiliza, curiosamente, el famoso símil del gusano de seda de Teresa de Ávila. Creo que se encuentra en la quinta mansión del *Castillo interior*, cuando la santa compara lo que sucede en la persona con lo que le pasa al gusano de seda: lleva la vida absolutamente normal de gusano de seda, hace las cosas propias de la oruga, come el fruto de la morera, teje o bobina un capullo de seda que lo envuelve... y entonces “muere”, por decirlo así, dentro del capullo. En realidad no muere, pero deja de vivir la vida de gusano de seda y, después de un tiempo, sale del capullo convertido en mariposa, una criatura totalmente nueva, con vida nueva. Puede volar y puede ver (cosa que, aparentemente, no puede hacer el gusano) y así, después de acabar un tipo de vida en el que las cosas habían ido con bastante normalidad y felicidad, llega una especie de muerte; pero en realidad están ocurriendo cosas importantes, si bien escapan a la vista. Y, mira por donde, son cosas que llevan consigo una nueva vida. Santa Teresa utiliza ese símil para describir lo que ocurre mientras va creciendo la vida mística.

San Juan de la Cruz utiliza la imagen de la acción del fuego en la madera verde. Si se prende fuego a unos trozos de madera verde lo primero que se obtiene es chasquidos, chisporroteos, humo, y las matas verdes que antes parecían bonitas, se ven ahora feas. Y la madera se va volviendo incandescente para convertirse seguidamente en fuego. Según me parece recordar, es el tipo de imagen que San Juan de la Cruz utiliza en más de una ocasión en sus escritos. Así es que no voy a repetir lo que dice Surin aquí, y no porque crea que no es verdad e importante sino porque ustedes mismos pueden encontrar fácilmente algo similar en la *Noche oscura* de San Juan de la Cruz.

Hasta cierto punto, Surin es clásico, sólido, buen escritor aunque no original. No se lo recomendaría a ustedes si todo lo que dijo fuera lo que he resumido hasta ahora. Pero es que introduce un punto original en la discusión de las purificaciones pasivas. Purificación pasiva es una terminología que los autores místicos aplican a esa fase en la que Dios limpia de pecado al alma mucho más a fondo de lo que podríamos haber

hecho nosotros con nuestro esfuerzo normal –contrición, penitencia y propósito de enmienda. Limpia el alma del pecado, de las faltas ocultas y del amor propio que, por supuesto, permanece tenazmente presente. Y Surin menciona, sin entrar en detalles, algunas de las experiencias de unos cuantos místicos, experiencias de gran sufrimiento, de oscuridad y de otros tipos.

Y surge la pregunta (recordemos que se trata de un catecismo): ¿Cómo es que hay santos de los que nunca oímos decir que pasaran por experiencias así? Y la respuesta de Surin esboza los que nosotros podríamos llamar “*las purificaciones pasivas del apostolado*”¹. Purificaciones pasivas del apostolado es lo que un apóstol en ejercicio puede sufrir en una fase determinada de la evolución de su vida espiritual, y que puede corresponder a algunas de las cosas que se leen en los autores místicos. Y escribe: “el puesto de esos sufrimientos es ocupado a menudo por los trabajos enormes emprendidos para el servicio de las almas, y por otras tareas” Bueno, eso parece algo tentador. Lo encuentro aquí, pero habría deseado que hubiera sido algo más adelante y que hubiera habido un poco más; en cambio se contenta con decir que los escritores no saben mucho de esas cosas, que son muy secretas; sin embargo –escribe– como lo muestra la experiencia, son bastante comunes para todos, y San Ignacio es uno que lo pone en evidencia con su propia vida: es un santo del que nada habéis leído sobre sus grandes periodos de sufrimiento interior, de oscuridad, de tantas otras pruebas. Surin lo pone como ejemplo de la persona que ha pasado por esas experiencias pero de modo diferente: es algo por lo que hay que pasar en las grandes tareas emprendidas para servir a las almas.

Creo que podemos ver ahí, sin excesiva dificultad, algunos de los vaciamientos que nos hablan de lo que podría ser la purificación pasiva del apostolado; el Señor purificando el alma de toda falta oculta, de todo amor propio oculto, de las raíces profundas del pecado.... mucho más meticulosamente que lo hubiera podido hacer el individuo hasta ese momento. Surin menciona la labor apostólica con todas sus exigencias y fatigas, y la entrega y dedicación total a la gente encomendada. Podríamos añadir también –y quiero ser conciso pues todos podríamos añadir cantidad de detalles y contar la propia historia– la experiencia del fracaso, de la adversidad, quizás también de la ocasión perdida; cosas como éstas son pruebas del apostolado (vocablo éste utilizado en el apostolado).

Alguna vez se puede tener incluso la impresión de que existe una oposición diabólica, que es una de las pruebas que más a menudo han afligido a los grandes místicos. Por decirlo de alguna manera, parece como si el mismo Satanás en persona estuviera oponiéndose al apóstol y causándole, de un modo u otro, grandes dificultades. Pueden llegar también grandes escrúpulos o cosas de ese orden. Y, por último, puede ocurrir también que el apóstol pase por la experiencia de sentir la insignificancia e inutilidad de cuanto ha hecho, algo que puede tener su paralelismo con lo que describen los grandes místicos cuando, en cierto momento de la noche del alma, ven como absolutamente inútil todo lo que hicieron hasta entonces: lo realizado por Dios, la santidad de sus vidas, las virtudes... y todo lo demás. Parece ser que es una experiencia bastante común en la vida mística, y pienso que algo semejante puede suceder en la vida apostólica. Tomemos el ejemplo de alguien que estuvo trabajando continuamente en algún proyecto, o bien dedicado a una vida apostólica con infinidad de ocupaciones distintas. No se trata simplemente de que pueda desfallecer –aunque podrían existir razones para ello– sino de algo de mayor calado: que tenga la fuerte impresión de que todo lo que ha hecho es inútil, de importancia nula y sin servir absolutamente para nada.

¹ La terminología es mía, no de Surin

Es una honda experiencia de purificación ya que tendemos a construir nuestra identidad sobre el sentido y la validez de lo que hacemos y la satisfacción que da al que lo hace. Si se retira la alfombra que se encuentra bajo el sentido de lo válido y satisfactorio, se puede producir una conmoción seria sobre el sentimiento de identidad: ¿quién soy yo ahora y, en todo caso, qué fue de todo eso? Puedo haber gastado treinta o más años haciendo algo, sin presumir o vanagloriarme de ello, y sentirme sanamente orgulloso de lo realizado: “hice esto y aquello, soy la persona que escribió esos libros, que construyó este colegio, que...” Y de pronto, ¿qué fue de todo ello? Puede resultar absolutamente negativo, claro está, pero puede convertirse también en una experiencia positiva si nos lleva a cambiar nuestro sentimiento de identidad basado en lo que somos personalmente y en lo que hacemos, para así caminar hacia Dios.

Esa es la doctrina de San Juan de la Cruz. Hablo de memoria, pero creo que lo trata por lo menos dos veces en la *Subida al Monte Carmelo*; y habla de ellos como purificación de la memoria. Creo que es en el libro segundo –no estoy seguro; y después se refiere a ello de nuevo en la segunda parte de la *Noche oscura*, cuando dice que la noche oscura del alma es una experiencia muy honda y que puede llegar a ser muy terrible. Como ya dije anteriormente, pienso que algo así puede ser en realidad una parte de la purificación del apóstol.

Pues bien, eso llevará a la persona (o podría llevarla) a encontrar el sentido de su esperanza no en lo que él hace sino en solo Dios. Se haya obtenido o no un logro, al final, el logro no es tan importante ni tampoco carece de importancia. Como ocurre con el gusano de seda, que al salir del capullo se reviste de una vida nueva, el alma entra ahora en la nueva vida, la que está en las manos de Dios. Es la etapa en la que la persona puede entender y realizar todo para gloria de Dios. Y el mismo Dios proporciona las ocasiones para servirle.

Pues bien, creo que todo eso es directamente aplicable al apostolado; y es altamente significativo que Surin remita al libro de los *Hechos de los apóstoles*: El Espíritu Santo dirige el apostolado de San Pablo y de sus compañeros; les impide hacer algunas cosas que iban a hacer y les dice que hagan otras que no tenían intención de hacer. Ellos, por su parte, son totalmente dóciles a las mociones del Espíritu. Leeré un pasaje –conocido por todos- para recordar aquello en lo que, a mi parecer, estaba pensando Surin, que no solía dar citas.

Hechos 16, 6-10: “*Como el Espíritu Santo les impidió predicar el mensaje en la provincia de Asia, atravesaron Frigia y la región de Galacia. Al llegar al confín de Misia intentaron dirigirse a Bitinia, pero el Espíritu de Jesús no se lo consintió. Entonces cruzaron Misia y bajaron a Tríade.*

“*Aquella noche tuvo Pablo una visión: se le apareció un macedonio, de pie, que le rogaba: ‘Pasa aquí a Macedonia y ayúdanos’. Apenas tuvo la visión, buscamos salir inmediatamente para Macedonia, seguros de que Dios nos llamaba a nosotros a darles la buena noticia*”.

San Pablo y sus compañeros querían misionar en diversas partes de la actual Turquía, en el Asia Menor, pero siempre se lo impedían: una vez era una visión como la del relato, otras no se presentaba la oportunidad o se cambiaba de rumbo... El caso es que sentían que el Espíritu Santo o el Espíritu de Jesús no se lo consentía. Y así, procedente del Espíritu Santo, procedente de Dios, les llega el mensaje, claro y directo, de ir a Grecia, a donde en modo alguno habían pretendido ir. Puede ser que no fuera eso lo que querían, o que fuera su objetivo para mucho más tarde, o que nunca se les hubiera ocurrido, pero al no haberles permitido realizar la misión donde ellos pensaban, acuden donde no pensaban ir.

Sobre esto versa el tercer capítulo de esta parte del libro de Surin.

Capítulo 4. La oración propia de la vida mística

El capítulo cuarto está dedicado a la oración propia de la vida mística, tal cual yo la denomino. Y en la respuesta a la pregunta sobre cuál es esa oración, Surin contesta diciendo “*la contemplación*”.

Surin ya había tratado la contemplación poco antes en el libro; y todo lo que aquí dice es ‘ya he hablado de esto anteriormente, les remito a ello’... y llama contemplación al “*trato fácil con Dios*”. Es una manera interesante de calificarla: “la facilidad de trato con Dios”. Pero nosotros necesitamos decir más. Por eso, voy a dejar un tanto de lado esta parte de Surin, para ofrecer un resumen de lo que había dicho anteriormente en el ‘Catecismo espiritual’.

Normalmente habla de contemplación como “una sencilla y cariñosa mirada a Dios”. Es una expresión clave –*una sencilla y cariñosa mirada a Dios*– la descripción clásica de la contemplación, no inventada por él, que se puede encontrar, por ejemplo, en San Francisco de Sales y en otros escritores. Y en esos escritores, como San Francisco de Sales pero también en San Juan de la Cruz, la contemplación es presentada generalmente como un modo de oración alcanzado tras la práctica, más o menos larga, de la meditación discursiva, por ejemplo la realizada según el método ignaciano.

Hay que saber que en ese periodo de la historia todos recomendaban iniciar una vida regular de oración personal (podía ser considerado como un momento de conversión), y comenzarla con la meditación metódica u oración mental metódica. En otras palabras: orar ajustándose a un método. Esa era una corriente anterior ya a San Ignacio; en realidad, anterior a la reforma. Pero fue San Ignacio –y los jesuitas– el único que la expandió mediante la práctica de los *Ejercicios espirituales*. Otros escritores, como San Francisco de Sales, la aceptaron, los Sulpicianos introdujeron sus variantes particulares y De Bérulle la tiene como doctrina general. La idea general se fijaba en cómo empezar la oración: ejercicio de la imaginación, aplicación del entendimiento, de actos de deseo y voluntad, de petición... y todo ello ajustándose a un método. Y en lo que todos coincidían era en que, después de un tiempo, el método ya no sirve. Es la etapa en la que la gente, habiendo alcanzado ya un sólido alimento, deja la oración mental. Y San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales, Surin y todos los demás dicen: lo que quiere Dios que hagan ustedes en esta fase es simplificar su oración para que, en lugar de hacer multitud de ejercicios de imaginación y de intelecto, su oración sea más sencilla hasta que lleguen simplemente a mirar a Dios, a contemplar a Dios. Y, del mismo modo, los actos de voluntad serán también cada vez más sencillos: mirar amorosamente a Dios.

Actualmente existen otros métodos de oración, otras maneras de orar, que se recomiendan a la gente que desea empezar y que no quiere seguir necesariamente todos los escalones de la experiencia propuestos, por ejemplo, por San Juan de la Cruz. Me pregunto si las personas que practican la *lectio divina* pueden llegar a esa mirada amorosa de Dios por un camino bastante distinto, si la gente del centro de oración de John Main, y otros así, podrán llegar por caminos diferentes a la contemplación amorosa de Dios; mas no puedo hablar de ello por experiencia personal. Y pienso que ha habido siempre personas que nunca tuvieron muchas aptitudes para la oración metódica y que, sin embargo, llegaron pronto y espontáneamente a tener una oración muy, muy simple. Pero, en todo caso, ustedes se preguntarán si es ésa la oración contemplativa de la que dice Surin que nos introduce en la vida mística.

En el siglo veinte se discutió mucho sobre cuándo es activa la contemplación y cuándo es pasiva, pero a mi me parece que detenerse en ello es una pérdida de tiempo.

Se puede decir que los inicios de esa oración son el intercambio entre la oración activa y la oración pasiva. Simplificamos nuestra oración pero en ese momento es el Espíritu Santo rezando con nosotros, quien eleva esa mirada a Dios cada vez más amorosa.

Antes de volver a Surin haré una última observación, que es importante para lo que sigue. La contemplación, la simple mirada amorosa a Dios, se convierte en algo habitual. Habitual en los dos sentidos de la palabra: porque pasa a ser el único modo habitual de oración (aunque ocasionalmente se puede emplear otro para retornar a él), y porque –por decirlo de alguna manera- uno se encuentra mejor con él y pasa a ser un hábito de mente y corazón. Dicho de otro modo, progresivamente se alcanza la fase en la que nunca se deja de pensar y querer a Dios. Y así, la contemplación amorosa de Dios se ve renovada con frecuencia por las miradas a Dios. Esa es la palabra que utiliza Surin: las miradas a Dios, incluso cuando uno está actuando.

A continuación Surin examina tres clases de contemplación, correspondientes a cada una de las tres fases de la vida espiritual ya descrita. Veámoslo rápidamente.

Al camino de *iluminación* corresponde la *oración de quietud*, quedar en presencia de Dios sin demasiadas palabras u otros actos.

La *noche del alma* suele ser una experiencia de impotencia, y le corresponde la llamada "*oración de silencio*". Surin escribe: "el alma queda fija y parada, sintiendo la obra del Espíritu Santo que la penetra y sencillamente la tiene sujeta a Dios. Eso puede llegar a ser doloroso; el silencio y la impotencia pueden ser penosos y la oración de silencio puede ser oración dolorosa, purificadora del alma; o también una oración bastante más consoladora".

En la fase final, el alma recibe total libertad de acción en una especie de vida nueva. Como la mariposa, capaz de hacer otra vez toda suerte de cosas, muchas cosas que el gusano de seda no podía hacer.

Y da algún consejo a los que experimentan la oración contemplativa: Primero, actuar con gran sencillez, sin preocuparse por la clase o el grado de su oración. Un consejo estupendo: no mirarse uno mismo para preguntarse si está en el camino iluminativo, en la oración de silencio, o en cualquier otro estadio, sino dejarse guiar por el Señor. El siguiente consejo es no interrumpir la quietud; si nos hallamos en el estadio de mirar sencillamente a Dios con una mirada amorosa, no interrumpirlo con nuestros torpes actos. Por ejemplo, no pensar "estoy aún en el punto primero de la meditación, sería mejor dejarlo y pasar al segundo punto"; o bien, "no he visto todavía la página de la *lectio divina* que me queda aún por leer", o cosas de este estilo. Y el tercer consejo es evitar la pasividad, que sería el extremo contrario. En realidad lo que él mantiene es que la contemplación es una acción, aunque sea muy sencilla y difícilmente perceptible. No es, pues, inercia: es una sencilla acción.

Los medios para prepararse para la contemplación son también tres. Nuestro amigo Surin parece muy aficionado al esquema ternario. Supongo que para ayudar a la memorización.

La *renuncia a uno mismo*. El *hábito del recogimiento*, que es lo opuesto a la dispersión: en lugar de ir a todo lugar, el hábito de ser recogido. Y la *sencillez interior*: hacerse uno más sencillo, tener pocas cosas por las que estar preocupado. Evidentemente, has de estar preocupado por las cosas verdaderamente importantes, pero tu vida más sencilla –especialmente tu vida interior- puede ser lo más importante. Se puede decir mucho de todo eso. Aludiré muy por encima a lo que puede significar la sencillez interior en los ensueños diarios, la lectura, la televisión, Internet, las distracciones de todo tipo, y también la curiosidad intelectual. A todas las cosas puede alcanzar la sencillez interior.

Seguidamente, Surin defiende la oración contemplativa frente a la acusación de su inutilidad, comparada con la oración más activa y la meditación. Dice que, con sumisión a Dios y humildad, la contemplación consigue todo para uno mismo y para los demás. Parece que está queriendo decir que la oración contemplativa puede sustituir a las complicadísimas oraciones de intercesión. No necesitamos estar pensando todo el tiempo en los que quieren que recemos por ellos, ya que en ese estadio contemplativo todos están incluidos. Y dice también que la contemplación otorga una luz infusa, que da a entender muchas verdades. Es –dice- la oración de los santos, como se ve en sus vidas y recomiendan en sus enseñanzas. Y cita a San Francisco de Sales, que dice que quiere continuar “en la simple presencia de Dios, sin pensamientos y sin actos de comprensión o de deseo”. Volveremos sobre ello más tarde.

Y llega la pregunta inevitable: ¿Qué pasa con San Ignacio?, porque en la línea en la que estamos hablando de ella, no parece que San Ignacio recomiende la oración contemplativa en los *Ejercicios*. ¿Es él una excepción? Para los jesuitas es una buena pregunta, y es también la objeción que hacen siempre a Lallemant, Surin y compañía. San Ignacio los pensó, fueran o no válidos para otra gente, para rezar en esa línea, mediante el ejercicio de la imaginación, de la mente y la voluntad.

San Ignacio parece estar diciendo que los jesuitas debían rezar de ese modo. Olviden la contemplación; no la encuentran en San Ignacio. Y Surin contesta: no es así; en los *Ejercicios* San Ignacio presenta una repetición de cada meditación, que se ha de hacer gustando –es la palabra utilizada por Surin pero no estoy seguro si también por Ignacio– gustando los misterios y virtudes mediante la aplicación de los sentidos, lo cual es verdadera contemplación, dice Surin. Esa es precisamente la respuesta que dan hoy los jesuitas que animan la oración contemplativa y que se topan exactamente con las mismas objeciones. No parece ser eso lo que Ignacio inculca, y ellos –como Surin– apelan igualmente a la repetición de las meditaciones y la aplicación de los sentidos en los *Ejercicios* de San Ignacio. Eso es –dicen- una oración contemplativa, o en todo caso puede serlo. [Von Balthasar parece decir algo semejante en su libro sobre la oración. Su enfoque sobre la oración es muy ignaciano y creo que camina por la misma senda]

Surin dice que la contemplación es la verdadera oración no sólo de los contemplativos sino también de los apóstoles activos. De los que han hecho mucho por Dios. Lo hace en la respuesta a una objeción, planteada en forma de pregunta: ¿no enerva a la gente la contemplación? objeción que nace de pensar que los contemplativos se acostumbran a estar en estado de letargo, que sus energías se agotan y que, por decirlo así, ya no les quedaría nada para el apostolado activo. Surin dice justamente lo contrario: la contemplación infunde en el apostolado nueva fuerza y motivación, el deseo de entregarse por completo a la salvación del prójimo y de gastarse en esa tarea. Todo ello –dice- es fruto de la contemplación, pues la contemplación es, a la vez, descanso del alma y fuente de paz en el trabajo. Contiene un elemento de respiro, el descanso en Dios, pero da aire fresco y nuevas fuerzas para la labor apostólica.

El capítulo 5 es todo él un consejo para quienes se mueven por los caminos de la oración contemplativa.

Lo pasaré por alto; ciertamente es interesante pero ya se habló de ello anteriormente con mucho más detalle.

Capítulo 6. - La perfección y la excelencia de este camino

Pasamos al capítulo sexto, que contiene el grado máximo de su enseñanza. Lo titula; “La perfección y la excelencia de este camino”. Y dice que ese camino –la vida mística- posee tres perfecciones: la *sencillez*, la *fortaleza o energía* y la *verdad*.

La primera pregunta dice así: *¿en qué consiste la sencillez de este camino?* Y contesta: “*en la simple mirada de comprensión y la aquiescencia o consentimiento de la voluntad*”. Vemos, por tanto, que el acto de contemplación es la conjunción de dos actos. En la mirada amorosa, la mirada es un acto de comprensión, y el cariño de la misma puede ser analizado como un acto de la voluntad, un acto de aquiescencia o consentimiento de la voluntad para con Dios. Joe Cahill habría dicho “hacer lo más amorosamente posible lo que Dios quiere” y queriendo lo que Dios quiere. Ese doble acto, como ahora reconocemos como tal, resulta apenas perceptible. Pero el alma no es perezosa y, a pesar del lenguaje utilizado previamente por san Francisco de Sales, el alma no queda sin implicación en la operación de la voluntad. Pero –escribe Surin- <esos actos son tan profundos y delicados que el alma puede no alcanzar satisfacción al decir ‘esto se hizo en tal acto’>. Esa simple mirada no se fija distintiva y expresamente en esta o aquella parte del conocimiento. De modo que la mirada a Dios no es, por ejemplo, una idea clara sobre la Trinidad, o sobre la Encarnación, o sobre la Pasión de Cristo, o sobre cualquier otro misterio. No es una idea, en el sentido gramatical de la palabra. Y la aquiescencia o el consentimiento de la voluntad no expresa formalmente acción de gracias, contrición u ofrecimiento. No se tiene conciencia de que sea un acto de acción de gracias, o de contrición, o de ofrecimiento. Pero es todo eso a la vez e incluso en alto grado. Al mismo tiempo, esa mirada y aquiescencia son fuente de un grandísimo bien.

La segunda pregunta dice así: *¿en qué consisten la fortaleza y energía de este camino?* Nos encontramos ahora con la joya y la gema preciosa de la aportación de Surin. Voy a dar una parte considerable de citas literarias suyas.

“La mirada sencilla y el asentimiento al gozo de Dios dan al alma capacidad para hacer una cantidad de cosas que sobrepasan en mucho su poder natural. El Espíritu Santo actúa en las personas a través de esa mirada”.

He ahí lo esencial del tema: Miran completamente hacia Dios y, a través de esa mirada, el Espíritu Santo actúa y les concede, como un tesoro, sus dones de entendimiento. Y dice brevemente cuáles son: sabiduría o comprensión de las cosas elevadas y divinas al gustarlas; inteligencia (penetración de los principios supremos), consejo (prudencia, discreción y clarividencia en la dirección de las almas), ciencia (conocimiento de muchas cosas espirituales y a veces incluso humanas). Todo ello recogido conjuntamente en un punto. Todo unido. Y uno no es claramente consciente de la sabiduría o de la inteligencia, del consejo o la ciencia; todo unido, del mismo modo que la mirada a Dios no es con claridad una idea sobre la Trinidad, o sobre tal o cual atributo o misterio de Dios; va todo comprendido en la única mirada. De ese modo, en la mirada a Dios el alma recibe los dones del Espíritu Santo. Lo que hacemos es mirar a Dios, pero por medio de la mirada recibimos a la vez la luz del Espíritu Santo.

Es un punto importante el que Surin nos presenta: El alma no se abastece de todas las cosas ni las almacena para sí, sino que se encuentra provista cuando la necesidad se presenta; por ejemplo si tiene que hablar a grupos o a individuos. Santa Teresa de Lisieux lo expresaba de manera preciosa –quizás lo recuerden- diciendo que ella no tiene una cuenta en el banco sino que presenta sus manos abiertas, y así encuentra lo que necesita. Es otra manera de decir lo mismo que afirmaba Surin. La mirada de Dios, esa única mirada, que no es ni idea clara e inconfundible sobre Dios, pero en la cual se

da la infusión del Espíritu Santo, la donación de Él mismo, el derrame de su acción, mediante los dones de sabiduría, inteligencia, conocimiento.

Dice igualmente que la simple aquiescencia del corazón encierra la energía para todo, y origina los afectos del corazón y los buenos impulsos. De ahí proceden los arrebatos del Espíritu de Dios, los ardores de celo y la acción de los otros dones del Espíritu Santo – la fortaleza, la piedad y el temor de Dios. Por lo general es como una provisión de luces, afectos, talentos y facultades; podríamos decir que son los dones carismáticos que fluyen del agua de la vida primaveral, que –como ya vimos- es un sencillo y único canal que se divide en varias vías de conducción. Lo repetimos de nuevo: algo muy puro y simple que se divide en esos dones diversos. La persona establecida en ese camino lleva fácilmente y en cohesión –por decirlo de esta manera- un alma llena y provista de todas las cosas que produce y necesita. Ahí se asienta el fundamento para sentirse libre de toda preocupación, como les pedía el Señor a sus discípulos: “no piensen en qué han de decir o cómo lo dirán”, porque el alma está llena de ese sencillo espíritu, sin preocupación alguna y provista por El de todas las cosas.

La pregunta siguiente dice: *¿Qué es eso tan sencillo que invade toda el alma?* Respuesta: “el mismo Espíritu Santo, todo El libertad y paz para el alma y fuego y luz en sí mismo. Es principio y fin de la única mirada y dulce aquiescencia”. Podemos darnos cuenta, pues, de que el Espíritu Santo no está simplemente al otro lado de la aquiescencia, por decirlo de algún modo. “El Espíritu es quien origina la mirada y la aquiescencia en nosotros. Mirada y aquiescencia mediante las cuales opera todas las cosas, con grandísima fuerza y poder, en el corazón y espíritu del hombre. He ahí la razón de por qué los apóstoles, a pesar de carecer de conocimientos filosóficos o de otros talentos humanos, arrastraron tras de sí a todos con gran fuerza. De ese maravilloso don que les fue comunicado se había dicho que ‘el poder de lo alto descendería sobre ellos’; son palabras que muestran la fuerza y energía de ese gran don: “el poder de lo alto”.

He aquí mi comentario: podemos decir que el doble acto de la contemplación es la *interfaz*² entre el espíritu humano y el Espíritu de Dios. El Espíritu Santo es la fuente de la mirada sencilla a Dios, y la aquiescencia amorosa de su voluntad utiliza esa mirada amorosa para comunicar sus dones, especialmente los que capacitan al apóstol para realizar su misión de una manera muy superior a la que le permitirían sus propias fuerzas. Así resumo yo esta doctrina suya.

De ahí, (de esa doctrina) que cuanto mejores contemplativos seamos, más habitual nos será mirar sencillamente a Dios y aceptar amorosamente su santo deseo; cuanto mejores contemplativos seamos en esa línea, más eficaces apóstoles seremos.

Me parece que es la mejor explicación que he encontrado sobre el nexo y la relación entre contemplación y acción: de cómo la contemplación nos hace mejores apóstoles y qué puede significar ser contemplativos en la acción.

Recordarán que al comienzo del capítulo se hablaba de tres perfecciones en el camino de la contemplación y de que la tercera era la verdad. Para terminar, lo abordaremos brevemente. *¿En qué consiste la verdad en este camino?* Cito: “Las personas contemplativas tienen vigor en todas las cosas. Sus palabras conmueven e inflaman los corazones como si poseyeran el espíritu de Jesucristo”. La verdad de este camino significa, pues, que la verdad produce un impacto; y lo produce porque allí está el Espíritu de Dios; el Espíritu de Dios se comunica a través de sus palabras.

² *Interfaz* = zona de comunicación; es un vocablo moderno, no del siglo XVII

Y por último, unas observaciones finales sobre algunas cosas que expondré juntas, y también en tres puntos.

Primera: la actuación especial del Espíritu Santo a través de los hechos de la vida contemplativa empieza a manifestarse en la vía iluminativa; después puede tender a ocultarse en la noche oscura del alma –fase en la que el individuo puede tener la sensación de impotencia y de ser un obstáculo, con lo cual le parece que nada importante sucederá [se trata de la fase del gusano de seda cuando se halla dentro del capullo: ocurrirán cosas grandes, pero nada se ve que lo pueda indicar]. Surin admite que la noche del alma puede ir y venir, lo que explica que algunas personas puedan hallarse en ese estado y permanecer en él hasta que salgan del mismo como la mariposa, mientras que otras personas –y esto parece ser lo más común– viven dentro y fuera de dicho estado, con avances y retrocesos, hasta que finalmente desaparece. En casos así pueden darse periodos en los que la acción del Espíritu Santo sobre el apóstol es más manifiesta, y otros en los que es menos perceptible.

Segunda: Todo eso no tiene nada que ver con éxtasis, visiones, arrobamientos... de lo que el alma ha de estar despegada.

Tercera – y es una observación excelente para terminar: el hecho de que una persona viva bajo la guía especial del Espíritu Santo no le exime de seguir la práctica ordinaria de la obediencia, de la petición de consejo, de la prudente toma de decisiones, del discernimiento, etc. Y por encima de todo, cultivar la caridad, la humildad y las virtudes comunes.